tierra muy poderoso; y que Fernando Cortés recibió muy bien al pariente del rey y que le regaló y honró mucho y que les dio a él y a todos los caballeros que le acompañaban muchas cosas de Castilla y que le respondió que de su ida no le podía resultar ningún enojo al señor Motecuhzuma, pues no pretendía sino servirle y besarle las manos y volverse; y que le suplicaba no recibiese pena de ello, pues de otra manera no cumplía con lo que el rey, su señor, le había mandado; y que pues llevaba embajada de tan gran rey, como el de Castilla, que estaba obligado a oírla y tenerle por amigo, pues que de tan lejos procuraba su amistad; y que el agua de esta laguna no era nada en comparación de la de la mar, que habían navegado; y que en cuanto a la hambre que todos sus compañeros estaban tan usados a padecerla en tan largo viaje, que no les parecería cosa nueva. Este caso pienso yo que es el que dejó referido por estotro modo, y no hace contradición decir el uno que era engaño que quería hacer Motecuhzuma enviando quien representase su persona, y el otro que era pariente del rey. Porque dado caso que fuese como lo dejo contado, pudo llevar orden de esto segundo, viendo que no le salía bien lo primero; y cuando sea otro fue lo uno y lo otro, porque el primero lo cuentan así las historias de los indios.

CAPÍTULO XLIV. *De cómo el emperador Motecuhzuma hizo junta de los sátrapas y nigrománticos y volvió segunda vez a despacharlos al camino por donde venía Cortés para que lo detuviesen con sus hechicerías y embustes*

ON ESTA RAZÓN QUE TZIHUACPOPOCA TRUJO a Motecuhzuma, crecióle el miedo y cavó más en él la imaginación de lo que después le sucedió. Pero como hombre, que ya comenzaba a andar a brazo partido con la muerte, y que los asomos de ella le iban dando alcance, no cesaba de buscar medios para ver si en alguno hallaba reparo a sus tribulaciones y congojas (que es caso fuerte la imaginación de haber de caer de un alto estado, después de haberle poseído con majestad y grandeza); y como el referido le salió vano al desgraciado Motecuhzuma, volvióse al de los hechiceros y encantadores, pareciéndole que ya que su saber era corto para librarse, sus dioses le concederían alguna buena industria para defenderse, por orden de sus adivinos; y así los hizo llamar a todos los que pudo juntar, de los más sabios y de mayor opinión que había y refiriéndoles todo lo pasado y diciéndoles también lo bien que a la república le estaba impedir la entrada de los españoles; prometieron de hacer todo su posible por obligar a los dioses que los amparasen y defendiesen de las manos de los castellanos, y harían que les impidiesen la entrada en Mexico. Partiéronse estos sátrapas y hechiceros de la presencia del rey, con confianza de que saldrían con aquella empresa. Partieron todos juntos, camino de la Sierra

nevada, para verse en ella con los españoles; y subiendo por la cuesta arriba, por el camino que traían nuestros castellanos, topáronse con Tezcatlipuca, que era uno de los mayores dioses que adoraban (como en otra parte decimos), el cual venía por el mismo camino abajo que venían los españoles, aunque algún trecho delante de ellos, el cual les apareció en hábito y traje de aquella gente de la provincia de Chalco, que al parecer venía borracho y fuera de sí, no con el vino que había bebido, más por el furor y rabia que dentro de sí traía. Venía desnudo de la cinta arriba y ceñido con ocho vueltas de soga de nequén, a manera de esparto, y cuando llegó a emparejar con el escuadrón de hechiceros y nigrománticos, paróse delante de ellos y comenzó a reñirles con grandes voces, y díjoles: ¿Para qué volvéis vosotros otra vez por acá? ¿Qué es lo que pretende hacer Motecuhzuma por vosotros, contra los españoles? Tarde ha vuelto sobre sí, que ya está determinado de quitarle su reino y todo cuanto tiene y toda su honra, por las grandes tiranías que ha cometido contra sus vasallos; porque no ha regido como señor piadoso, sino como cruel tirano. (Por esta causa dice el Espíritu Santo[1] que se pasan los reinos de unos en otros y se les quita a unos para otros, porque como Dios es tan justo y santo, no sufre injusticia y tiranías; y aunque por algún tiempo las permite o disimula, castígalas cuando mejor conviene, como hizo en estos indios, y lo decimos en otra parte.)

Como oyeron las razones de Tezeatlipuca estos hechiceros y encantadores, humilláronsele por haberle conocido y comenzáronle a pedir con palabras humildes los tuviese por encomendados, y muchos de ellos le levantaron altar con mucha diligencia y se lo adornaron y enramaron lo mejor que pudieron y le ofrecieron sacrificio. Pero el demonio que venía disfrazado en aquella fantástica figura, ni hizo caso de sus suplicaciones ni del sacrificio; antes con más furia y enojo les reñía y injuriaba con palabras ásperas y desabridas; y por remate de su indignación les dijo: ¿A qué habéis venido aquí, traidores? No tenéis remedio. Volved la cara atrás y mirad hacia Mexico y veréis lo que ha de venir sobre aquella ciudad, antes de muchos días. Volvieron los ojos a Mexico los sacerdotes y hechiceros y vieron arder todos los edificios, así de los templos como de los colegios y casas de señores y plebeyos, y allí les representó la guerra que habían de hacer los hijos del sol y la destruición de Mexico. Viendo esto los nigrománticos cobraron gran temor y se les derretía el corazón como si fuera de cera y se les anudaron las gargantas y quedaron como mudos y sin lengua para poder hablar. Pero habiéndoseles pasado este accidente y habiéndoseles desaparecido su falso dios, dijeron entre sí que fuera bien que Motecuhzuma viera aquel prodigio y caso horrendo para que se satisfaciera de lo que le estaba guardado en su reinado y gobierno. No osaron pasar adelante; y dejando de poner en ejecución sus conjuros y hechicerías se volvieron a Mexico y contaron al rey lo que les había pasado con Tezcatlipuca; y como oyó tan malas nuevas, entristecióse grandemente y bajando los ojos y cabeza hacia el suelo se quedó suspenso, sin hablar palabra;

[1] Eccles. 10.

y volviendo de ahí a un poco los ojos a los presentes, les dijo: ¿qué hemos de hacer a las cosas que son inevitables, pues que los dioses que son nuestro amparo, nos dejan y desfavorecen? Ya yo estoy determinado (y determinémonos todos) de poner el pecho a todo lo que se ofreciere, porque no es justo que nos escondamos ni huyamos el peligro, ni es razón que mostremos cobardía, no pensemos que la gloria mexicana ha de perecer aquí; compadézcome de los viejos y viejas y de los niños y niñas que no tienen pies ni manos para defenderse, que los demás ya tenemos determinado de morir por la defensa de nuestra patria. Con esto concluyó el emperador Motecuhzuma y trató de las cosas convenientes al reparo de la ciudad.

CAPÍTULO XLV. *Que Cortés prosigue su camino a Mexico por Amaquemecan, Ayotzinco y Cuitlahuac; y de cómo Cacama, rey de Tetzcuco, se encontró con él en Ayotzinco*

TRO DÍA PARTIÓ CORTÉS A UN PUEBLO, dos leguas de aquella casa de placer, llamado Amaquemecan, de la provincia de Chalco. El señor salió a recibir a Cortés con mucha compañía; diole cuarenta esclavas y tres mil pesos de oro y dos días de comer, y dio a entender a Fernando Cortés en secreto la tiranía y crueldad con que a él y a todos trataba Motecuhzuma. Consolóle y diole buen ánimo y presentóle algunas cosillas con que quedaron muy amigos. Los días que reposaron en este pueblo de Amaquemecan juntaron a los principales de Tlalmanalco y de todas aquellas serranías, y los tlaxcaltecas les hablaron para que se diesen de paz al capitán y a los españoles, trayéndoles a la memoria lo que los castellanos habían hecho con ellos, entrándoles sus tierras y que supiesen que estaban confederados con ellos para contra sus enemigos los mexicanos y que se acordasen de los malos tratamientos que Motecuhzuma les había hecho y de la gran carga de trabajos que les tenía puesta; y que si se dejaban en las manos y defensa de los españoles, ellos los pondrían en libertad y destruirían y castigarían a Motecuhzuma y a todas sus gentes porque a esto venían; oyéronlo todos de buena gana y fácilmente vinieron en ello y luego hablaron al capitán Fernando Cortés y se dieron por sus confederados, y él los recibió con mucha voluntad y caricia y les rogó que los ayudasen con sus personas y bastimentos para contra los mexicanos. Salió el campo cuatro leguas a un pequeño lugar (cuya población está la mitad en el agua de la laguna y la otra mitad al pie de una sierra áspera y pedregosa) llamado Ayotzinco. Acompañaban el ejército muchos criados del rey, proveyendo con cuidado lo que era menester, y aquella noche quisieron intentar de matar a los castellanos, pero Fernando Cortés iba con tanto cuidado que sus centinelas y un pequeño cuerpo de guarda, que extraordinariamente puso, mataron veinte hombres que iban a reconocer. Otro día de mañana,